

navío cargado de armas por los liberales, y capturado por los imperialistas. Pero el general Pavon que mandaba la plaza, se habia adherido recientemente con los suyos al partido de Ortega. Estos liberales, dueños á su vez del navío, lo declararon buena presa en provecho suyo. Sin embargo, la fragata permaneci6 muchos dias anclada en la barra de Tampico.

## XVII.

En los momentos en que se organizaba en el gabinete de M. Seward la mision americana, los acontecimientos se precipitaban en la *hacienda de la Jalapilla*. Recuérdese que inspirándose con la carta de M. Eloin, Maximiliano se habia fijado en el proyecto de reunir un congreso nacional, proyecto que acariciaba mucho tiempo hacia. Se hacia la ilusion de que la convocacion de este congreso cortaria pacíficamente, luego que partiesen los franceses, la lucha empeñada entre la monarquía y la república. Entonces, si el principio que representaba llegaba á sucumbir ante un voto popular, desenlace que por otra parte presentia, quedaria en libertad de volver con la frente altiva á Europa, como un príncipe que habia descendido con nobleza del trono, digno aún de representar un papel en su patria. Pero para mantenerse en el poder hasta que terminase la ocupacion francesa, era preciso apoyarse en un partido que contuviese la insurreccion y le permitiese tratar por lo menos de igual á igual con los diversos gefes militares, con el objeto de asegurar la ejecucion de su plan, es decir, la libre reunion en México de todos los notables del territorio llamado á votar. Pero el padre Fischer tenia en su mano todos los

hilos de la trama clerical, y no cesaba de hacer brillar á los ojos de Maximiliano, que no se decidía aún, los pretendidos recursos del partido del que se decía el jefe. En aquel momento decisivo, el confesor de la corte recibió un poderoso resfuerzo. Los generales Márquez y Miramon, á quienes la corona hacia dos años casi habia alejado á Europa, acababan de desembarcar en Veracruz; algunas horas despues su tránsito misterioso era señalado en la Soledad. Al dia siguiente de aquel en que habian desembarcado, olvidando su desgracia, y no pudiendo permanecer sordos al llamado de su faccion, llegaban á Jalapilla, dispuestos á arrojar sus espadas en la balanza, y si Maximiliano consentia en entregarse á los clericales, y á abrir por segunda vez la campaña bajo la bandera imperial. Maximiliano no vaciló mas: dió su palabra al partido clerical de que se comprometia á reintegrarlo en sus bienes y en sus dignidades. Miramon, fuerte con la promesa imperial que debia permanecer secreta por algunos dias aún, se encaminó rápidamente á México para llevar esa gran noticia al ministerio y al consejo de Estado, para estimular el celo de todos los partidarios de la Iglesia, y para tomar todas las medidas necesarias para poner en pié un nuevo ejército, y reunir veinte millones de francos en la tesorería del imperio.

Desde aquel instante, sintiéndose Maximiliano que ya no estaba aislado, emprendió una lucha abierta con las autoridades francesas. El rumor de las negociaciones entabladas por nuestra diplomacia con los gefes liberales y la mision Campbell destinada á Juarez, habia llegado á la *Jalapilla*. El soberano sabia poco despues, por sus criaturas de Washington, lo que por otra parte era cierto, que muchos agentes habian sido enviados de Paris para preparar su caída. Un segundo secretario de legacion habia sido enviado por el marqués de Moustier al marqués de Montholon, y á su vuelta de América obtenia un ascenso en su empleo.

Ciertos enviados secretos, tales como el coronel Estévan, recibido en aquella época por el emperador en una audiencia en Saint-Cloud, y un francés llamado Moreau, habian sido vistos en Washington. En fin, M. Marcus Otterbourg, cónsul americano, precediendo á la fragata la *Susquehanah*, acababa de desembarcar en Veracruz, y habia subido tranquilamente á México. Convencido desde entonces Maximiliano de que el general Castelnau era el alma de la accion, resolvió desenmascarar de un solo golpe las intenciones de la política francesa para obligarla á declararse abiertamente en un sentido ó en otro. Maximiliano tenia á su lado, en la persona de su confesor el padre Fischer, un diplomático de los mas ejercitados, versado en todas las chicanas del oficio, y que dirijia tanto el pensamiento de su soberano como su pluma y su conciencia. Influidado por él, el joven monarca se arrepentia ya de no haber recibido al general Castelnau, porque hubiera sido muy interesante haber oido de su boca la última voluntad de las Tullerías. El presidente del consejo, Lares, quedó encargado de invitar al ayudante de campo de Napoleon, á esplicarse. Esta tentativa abortó: el general Castelnau, fiel á su papel, contestó que era necesaria la presencia del mariscal que estaba autorizado para tratar los negocios. Los Sres. Lares y Arroyo, tuvieron que dirigirse al cuartel general, adonde los aguardaban las tres autoridades francesas. De resultas de esta entrevista, los dos ministros mexicanos redactaron una nota que era el extracto fiel de las esplicaciones habidas, y la dirijieron al mariscal con fecha 4 de Noviembre de 1866.

Desde luego creyeron hacer constar que el general Castelnau habia declarado no tener otra mision que la de confirmar las cartas de 15 de Enero y siguientes, en las cuales el emperador Napoleon habia significado á Maximiliano que no podia continuar ayudando al imperio, ni con las tropas francesas ni con dinero. Puesta así la cuestion, quedaba

Maximiliano en plena libertad para decidirse. Al mismo tiempo reclamaban los ministros se entregasen á la corona los arsenales, la artillería, las municiones de guerra, y que se dejase á su entera disposicion las tropas mexicanas para emprender las operaciones militares que el gobierno nacional juzgase oportunas. Pedian que las plazas fuertes se les entregasen en tiempo hábil. Las dos últimas frases de este documento revelaban sobre todo el pensamiento que lo habia dictado: se espresaba así:—“Deseariamos hacer saber á nuestro soberano cuál es la época mas remota designada para la partida del ejército francés, y qué socorros quiere prestar aún al gobierno de S. M. para la pacificacion del país.

—“En fin, en caso de que decida el emperador no gobernar mas, *debemos hacerle conocer lo que el señor mariscal y el señor general Castelnau hayan acordado hacer, segun las instrucciones del emperador Napoleon, para evitar la anarquía y los desórdenes que tendrian lugar faltando el gobierno.*”

Catorce dias antes, Lares y Arroyo se mostraban menos pesarosos del porvenir de su país, cuando declaraban, al llevar su dimision al palacio de Chapultepec, que si Maximiliano dejaba á México, *no habria mas gobierno!*

Las tres autoridades francesas confirmaron, el dia 7 de Noviembre, las resoluciones del emperador Napoleon. Todas las fuerzas mexicanas y su material de guerra, debian entregarse á los generales imperiales, dueños ya de todos los establecimientos militares. Como antes, todas las plazas se entregarían á las autoridades mexicanas, prevenidas en tiempo oportuno de que se retiraban nuestros destacamentos. Las tropas francesas continuarian protegiendo á los funcionarios y á las poblaciones en las zonas ocupadas por nuestros soldados, pero sin emprender expediciones.

“En cuanto al último artículo, se habia contestado, que

por decirlo así, era imposible hacer mencion *de las medidas que se tomarian en caso de que se retirara el emperador Maximiliano*; pero podemos asegurar que tendrán sobre todo por objeto, conservar el órden, el respeto al voto de las poblaciones, lo mismo que el cuidado de los intereses franceses.”

Este lenguaje que no carecia de artificio, estaba muy lejos de satisfacer al padre Fischer. Maximiliano redactó al punto una carta, que aunque estaba dirigida al mariscal, exijia una respuesta colectiva de parte de los representantes de la Francia. Con el pretesto de arreglar ciertas cuestiones, y entre otras, la vuelta á su patria de la legion austro-belga, cuyos intereses habia confiado el trono enteramente á la solicitud del coronel Kodolich, trató de provocar una declaracion mas esplicita.

“Orizaba, 12 de Noviembre de 1866.

“Mi querido mariscal.

“Antes de resolver definitivamente lo que debo hacer, y para el caso en que mi resolucion sea abandonar este país, debo dejar asegurados ciertos puntos, que son á la vez de una estricta justicia, y que merecen de mi parte una atencion particular. Para este efecto no dudo de vuestra bondad que me envieis una acta firmada colectivamente por vos, por el ministro de Francia y por el general Castelnau, y en cuyo documento se encuentren estipulados los puntos siguientes:

“I. Que el gobierno francés hará volver á sus países respectivos á los individuos que forman la legion austro-belga, concediéndoles el transporte y los recursos necesarios para su viaje. Los individuos de la legion austro-belga, deberán ser los primeros que salgan del territorio mexicano.

“II. Que las autoridades francesas en México tomarán las disposiciones necesarias para que á cargo de México se determine la suma indispensable á la concesion de una pensión vitalicia á cada uno de los mutilados y de los inválidos de los cuerpos austro-belga, en caso de que no baste para este donativo el producto de los cañones de la legion austro-belga, que son de mi propiedad particular.

“Las pensiones de que habla este artículo deberán ser liquidadas por una comision que nombrareis, y de la cual formarán parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen, quienes se encargarán, cada uno por su parte, de enviar estas sumas á los interesados.

“III. Las autoridades francesas en México tomarán todas las disposiciones precisas, á fin de que el tesoro mexicano pague 10.000 pesos, que hareis enviar á la princesa Iturbide por cuenta de su pensión.

“Al mismo tiempo ordenareis que se envíe, á una ciudad de Francia, 10.000 pesos al príncipe Don Salvador Iturbide, á cuenta de lo que se le debe, y se deberá estipular al mismo tiempo en las escrituras, que solo el jóven príncipe pueda disponer de los intereses de este capital, durante su minoría

“IV. Las mismas autoridades francesas tomarán sus disposiciones, para que, á cuenta del gobierno mexicano, se entregue á Don Carlos Sanchez Navarro la suma de 45.000 pesos, destinados á pagar las deudas de la lista civil.

“Al mismo tiempo se darán al mismo Sanchez Navarro, las sumas necesarias para liquidar las cuentas de la gran cancillería, entendido que estas cuentas, lo mismo que las de la lista civil, se pagarán con lo que el Estado adeuda de la lista civil.

“V. Los pagos comprendidos en los artículos II, III y IV, deberán pagarse íntegramente el dia que salga de México la última fracción de tropas del cuerpo espedicionario.

“Mi propiedad particular quedará confiada á vuestra propia salvaguardia, mi querido mariscal, y os suplico que distribuyais sus productos conforme á las instrucciones que he dado al Sr. Sanchez Navarro, con quien podeis ponerlos de acuerdo.

“Recibid las seguridades de los sentimientos de mi sincera amistad, etc.

MAXIMILIANO.”

El soberano, al dar una nueva prueba de confianza al mariscal, colocando bajo su salvaguardia su propiedad particular, parecia anunciar su abdicacion. Los representantes de Francia acogieron con gusto esta tardía manifestacion que debia poner un pronto término al desórden siempre creciente del reino, y al pánico que reinaba en la capital. Se apresuraron á suscribir á todos los deseos del emperador, á quien convenia cumplir al menos con los compromisos contraidos por la corona, y se enviaba á Orizaba la acta colectiva destinada á hacer desaparecer los últimos escrúpulos de Maximiliano.

*México, 16 de Noviembre de 1866.*

“Habiendo manifestado S. M. el emperador Maximiliano el deseo de obtener un documento colectivo, firmado por el mariscal de Francia general en gefe del cuerpo espedicionario, por el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Francia, y por el general, ayudante de campo del Emperador de los franceses, en comision, concerniente á la solucion de varias cuestiones espuestas en una carta imperial fechada en Orizaba el dia 12 del corriente;

“Los infrascritos, felices por encontrar una ocasion de atestiguar, en cuanto dependa de ellos, su buena voluntad, han acordado transmitir á S. M. la declaracion siguiente:

“El gobierno francés se compromete á espeditar la vuelta á su patria de la legion austro-belga. Esta operacion se efectuará tan pronto como lo permitan las circunstancias, y en todo caso se hará de manera que los austro-belgas hayan evacuado á México ántes de la partida de la última brigada francesa.

“Las condiciones del detalle relativo á esta operacion, serán arregladas entre dos personas, de las cuales una será designada por el emperador Maximiliano y la otra por el mariscal Bazaine.

“Los infrascritos se comprometen á hacer pagar una gratificación de licenciamiento á los mutilados é inválidos de la legion austro-belga, y á hacer que se conceda á los oficiales y soldados de esta legion una indemnizacion que se les entregará en los momentos de su embarque.

“La liquidacion de las gratificaciones de licenciamiento é indemnizaciones arriba espresadas, se confiará á una comision, de la cual formarán parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen.

“Los infrascritos se obligan ademas, á emplear toda su influencia para que se haga un anticipo á la princesa Doña Josefa y al jóven príncipe Don Salvador de Iturbide á cuenta de la pension que se les adeuda.

“En fin, conforme al deseo espresado por S. M. el emperador Maximiliano, el Sr. D. Carlos Sanchez Navarro quedará encargado de pagar las deudas de la lista civil, y de la liquidacion de las cuentas de la gran cancellería. Las sumas provenientes de la venta del moviliario perteneciente á la lista civil, se dedicarán á este objeto, y en caso de que no basten, los infrascritos se esforzarán en obtener que *el deficiente sea ministrado por el nuevo gobierno de México.*

“Y para testimonio han firmado la presente declaracion.

BAZAINE.—DANO.—CASTELNAU.”

Los representantes de la Francia cayeron en el lazo que les tendió Maximiliano. La última enunciacion de la acta colectiva revelaba la aproximacion de un nuevo gobierno próximo á suceder á la monarquía. Los tres coosignatarios carecieron de perspicacia: ciertamente no habrian cometido esta falta diplomática, si se hubieran ilustrado comparando los términos de las dos cartas imperiales que trataban del embarque de la legion austro-belga, cartas que apenas distaban una de otra un espacio de tiempo de doce dias. La primera, fechada el dia 31 de Octubre de 1866, comenzaba así:

—“En las circunstancias difíciles en que me encuentro, y que me obligarán á devolver á la nacion el poder que me confió, si las negociaciones que acabo de entablar no abocan á un resultado feliz.....”

Se sabia que estas negociaciones habian fracasado, y en lugar de dejar el poder, Maximiliano decia ahora, en términos muy dubitativos, que indicaban bien una revolucion en sus ideas:

—“Antes de resolver definitivamente lo que debo hacer, y para el caso en que mi resolucion sea abandonar este país.....”

El hecho fué que con la lectura del documento francés Maximiliano no tuvo ya duda alguna: acababa de adquirir la certidumbre de que la política francesa, despues de sacrificarlo completamente, sin pesar alguno, y por bien de sus propios intereses, habia separado su suerte definitivamente de la suya, y que se habian tomado por la superioridad francesa todas las medidas necesarias para sustituir al imperio un nuevo orden de cosas! Las predicciones de M. Eloin se habian, pues, realizado! Impaciente por terminar con la Francia, por otra parte, teniendo noticia por Miramon del cambio favorable que se habia efectuado en los cuerpos del Estado, puesto que se preparaban á obe-

decer al llamamiento del soberano yendo á Jalapilla, Maximiliano envió un despacho al mariscal Bazaine invitándolo á una entrevista particular. En una conferencia confidencial, esperaba sin duda que el general en jefe dejara escapar la última palabra de la política de las Tullerías.

“Orizaba, 18 de Noviembre de 1866.

“*Muy confidencial y urgente.*

“Al mariscal:

“Os doy las gracias, lo mismo que al general Castelnau y á M. Dano, por haber arreglado los puntos que me tocaban tan de cerca. Pero queda por arreglar lo mas definitivo: un gobierno estable para proteger los intereses comprometidos.

“Estos puntos no pueden tratarse sino en una entrevista directa. Como me continúan las calenturas no puedo subir á México. Os invito, pues, á venir acá por unos dias, y en pocas palabras podremos arreglarlo todo de una manera satisfactoria. He llamado á mi consejo de Estado y á mi presidente del consejo de ministros, á fin de que estén aquí el sábado próximo.

MAXIMILIANO.”

Nunca estos funcionarios mexicanos, que hace poco temían comprometerse en México, hubieran consentido atravesar sesenta leguas en un país próximo á insurreccionarse, para venir á presenciar una abdicacion. Luego conocían el verdadero objeto con que se les reunía en Jalapilla. Cuando esta carta llegó al cuartel general, la presencia de Miramon y sus trabajos en la capital hacían presentir que iba á efectuarse una reaccion en las resoluciones de Maxi-

miliano; el indicio mas cierto de ello era la actitud casi provocativa del ministerio. Sin embargo obedeciendo literalmente el general en jefe las instrucciones oficiales de su gobierno que le prescribían respetar la libertad de acción del joven emperador, creyó que debía acudir á su llamamiento. El general Castelnau y el ministro de Francia, reunidos en consejo, se opusieron á ello. Obligado á someterse á esta decision, el mariscal envió á Jalapilla la siguiente respuesta.

“México, 18 de Noviembre de 1866.

*A S. M. el emperador Maximiliano.*

“Me he impuesto del despacho telegráfico de V. M. fecha de hoy. Apesar de mi deseo de obsequiar su llamado, me parece muy difícil que pueda abandonar la capital, cuya guardia me ha confiado V. M., antes de que llegue el general Douay, y antes de que esté yo tranquilo acerca de los movimientos militares que se han ordenado.

BAZAINE.”

Hasta muchos dias despues de haber escrito esta respuesta, conoció el mariscal por primera vez las verdaderas intenciones del gabinete francés, al recibir una misiva del marqués de Montholon, la cual, sin embargo, le pareció al principio de un sentido muy enigmático; era que no estaba al tanto de la marcha política que se habia seguido en Washington.

*Washington, 9 de Noviembre de 1866.*

“Querido mariscal:

“No puedo por hoy hacer mas que anunciaros la partida de M. Campbell y del general Sherman para México, á

bordo de la fragata la *Susquehanah*, y suplicamos que leais el despacho en cifra que dirijo por este correo á M. Dano. Dentro de algunos dias podré deciros mas. Aquí las disposiciones son buenas, y si habria que temer algun incidente, seria solo respecto á los detalles.

“Las noticias de Europa recibidas en la mañana de hoy no anuncian mejora alguna en el estado sanitario de la emperatriz. ¡Qué fatalidad! La noticia de la partida del emperador de México, ha sido acogida con alegría, y se considera su separacion, como la señal de una solucion amistosa y definitiva de las diferencias que habia entre la Francia y los Estados-Unidos.

“La cuestion *feniana* del Canadá, va á ocupar exclusivamente en lo de adelante la política exterior. El resultado de las elecciones ha sido enteramente favorable á la oposicion, é importa una censura de la política presidencial para reconstruir la Union. Por otra parte, el partido republicano y radical, en lo que nos toca, está decididamente en contra de todo conflicto exterior.

MONTHOLON.”

—  
“Washington, 8 de Noviembre de 1866.

“La fragata *Susquehanah* lleva á México á M. Campbell y al general Sherman para encontrar á Juarez. Instrucciones: ayudar al establecimiento de un gobierno republicano regular, y evitar todo pretexto de un conflicto con las autoridades francesas. No se mejora el estado de la emperatriz.

MONTHOLON.”

—  
“Washington, 12 de Noviembre de 1866.

“Al ministro del emperador en México.

“La comision salió ayer. Instrucciones muy vagas. En-

tenderse con otro que no sea Juarez, solamente en caso de absoluta necesidad; nada de intervencion ni de adquisicion de territorio. Apoyo moral á Juarez. Las fuerzas de la frontera de mar y tierra á las órdenes del general Sherman. Evitar todo conflicto con nosotros.

MONTHOLON.

“El general Ortega ha sido aprehendido en Betanzos por los americanos.”

Todo quedó explicado para el mariscal con una visita que recibió entretanto de M. Otterbourg. Este cónsul americano que llegaba violentamente de los Estados-Unidos, adonde se creia que Maximiliano se habia embarcado ya para Europa, estaba encargado para preparar el terreno á los dos plenipotenciarios acreditados cerca de Juarez. En esta conferencia, M. Otterbourg anunció al general en jefe la próxima visita de sus dos compatriotas, y el objeto de su viaje, tratando de sorprender la impulsión que contaba dar á los acontecimientos. Mas tarde, en una conversacion enteramente oficiosa, manifestó que estaba encargado por su gobierno, que obraba de acuerdo con la corte de las Tuellerías, de restaurar juntamente con el general en jefe, la República Mexicana.

—“Ya era tiempo, agregaba, de fijarse en el general juarista á quien debia entregarse la ciudad de México, para evitar los desórdenes que podian estallar de un momento á otro. A su juicio, Porfirio Diaz le parecia digno de la eleccion francesa. Era, pues, prudente, previendo los acontecimientos, invitarlo á que se aproximase á la capital; por otra parte, advertia al cuartel general, que ya habia obtenido de los banqueros de la ciudad, los fondos necesarios para asegurar el sueldo de un mes á las tropas de Porfirio Diaz.”

El mariscal demostró toda su admiración al ver las cosas tan avanzadas, y declaró terminantemente á M. Otterbourg, que "mientras que Maximiliano pisase el territorio mexicano y no abdicase, era á sus ojos el único jefe legal del país que tuviese derecho á la proteccion francesa; que hasta este momento supremo no tenia medida alguna que tomar, y que conservando todo general disidente el carácter de rebelde, se le debía perseguir como tal. Mas tarde, agregó, si el archiduque se embarcara, no veria inconveniente en que se organizase un gobierno con el concurso de Porfirio Diaz, á quien confesaba tener mas estimacion que al general Ortega, de quien no podia olvidar que habia faltado á su palabra, aunque fuese el candidato recomendado de Paris. Si se presentaba esta eventualidad para hacer una restauracion, continuó el mariscal, nosotros no aceptaremos ni apoyaremos como pretendiente al sillón presidencial, sino al jefe republicano que nos garantice el reconocimiento de la deuda francesa, dándonos seguridades formales. Si nos ponemos de acuerdo, y en esto seguiré las instrucciones de mi soberano, trataremos con toda regularidad, cuando haya llegado el momento, y á este título entregaremos naturalmente al nuevo presidente las plazas de la República, lo mismo que el armamento y la artillería mexicana."

Por una observacion especial, relativa á la entrega de seis mil fusiles cuyo pedido habia sido hecho por Maximiliano, estas armas quedaron comprendidas en el material que podia entregarse, prévio su pago, al futuro jefe del Estado legalmente reconocido. La propia declaracion de M. Otterbourg, bastará para atestiguar la autenticidad de esta conversacion, tanto en su fondo como en su forma, puesto que ella fué el origen de la famosa carta de Porfirio Diaz, dirigida al ministro de Juarez, Romero, y publicada recientemente por el gabinete de Washington. La tercera persona á que hace alusion Porfirio Diaz, es precisamente es-

te cónsul americano, que de ninguna suerte habia sido autorizado para hacerse el intérprete officioso ú oficial entre el cuartel general y este jefe disidente, como él mismo puede atestiguarlo. La proposicion que Porfirio dice haber rechazado como poco honrosa, es la relativa al reconocimiento de la deuda y de los empréstitos franceses. En cuanto á la cesion eventual de cañones y fusiles, se esplica por la anterior relacion. Queda el designio que se supone al mariscal de haber querido entregar secretamente á Porfirio, las armas, las plazas del imperio, al emperador y á sus generales; esta calumnia no tardará en caer sobre su autor, sea quien fuere.

Jamás volvió á ver el mariscal á Porfirio, desde el dia en que lo hizo prisionero en Oaxaca con todo su cuerpo de ejército; es bueno recordar que á este jefe lo habian entregado los franceses á los austriacos por orden de Maximiliano, y que se escapó de manos de la legion austro-belga. El cuartel general, como lo probarán mas tarde los documentos respectivos, negoció despues con este jefe mexicano, cuya humanidad iguala á su lealtad, el cange de los prisioneros; pero todo esto ha pasado á plena luz y á distancia, por conducto de los oficiales franceses que mandaban en Tehuacan y en Puebla. Porfirio, en quien no es posible menos que honrar la revindicacion de los derechos de su país, habia cedido, pues, á un consejo pérfido, ó á un sentimiento culpable, que no podia dejar de desaprobár, cuando ha escrito esa carta, que el mismo Seward hizo que se publicara y pidió que se enviara para apoyar su política exterior. Este documento, inserto en el Libro Amarillo, tenia por objeto probar que habia hecho obrar en México al representante americano en favor de la doctrina Monroe, y calmar así el mal humor del congreso irritado por el jaque que sufrió la mision de sus dos enviados Campbell y Sherman. No hay que engañarse, la cuestion mexicana ha si-

do durante cinco años, para el gabinete de los Estados-Unidos, un medio calculado de popularidad, y un instrumento que ha sabido emplear con tanta audacia como habilidad, para imponer silencio á los gritos de los descontentos ó de los enemigos del sucesor de Lincoln.

En efecto, la mision de los plenipotenciarios americanos, habia fracasado completamente. El cónsul de los Estados-Unidos en Veracruz, habia hecho que se preguntara á México el dia 25 de Noviembre por el telégrafo, si la fragata *Susquehanah* que estaba anclada aún en Tampico, podia venir á Veracruz, y si seria allí bien recibida, porque el ministro Campbell y el general Sherman, deseaban apersonarse con las autoridades francesas. El cuartel general contestó: "que la fragata americana seria recibida como todo navío de guerra de una nacion amiga, y que los personajes en cuestion serian bien acogidos en México si deseaban venir á él." El cónsul se apresuró á enviar esta respuesta á Tampico por el paquete inglés. El 29 de Noviembre, en medio de un fuerte *norte*, el *Susquehanah*, enarbolando altivamente el pabellon de las estrellas, costeaba las isletas de arena, detrás de las cuales se desprende tristemente la ciudad de Veracruz. Apenas estaba frente al muelle, cuando notó que un bote que se desprendia del puerto á fuerza de remos, se dirigia hácia ella; pronto ancló frente al fuerte de San Juan de Ulúa para recibir á bordo al personaje que iba en la embarcacion señalada: era el cónsul americano de Veracruz. La ciudad estaba llena de alborozo: comenzaban á verse los festones de luces con que se adornaban los edificios principales, y el viento llevaba las detonaciones de los cohetes. Todo ese movimiento tenia por origen la resolucion de Maximiliano, que iba á dar á conocer á México que el soberano renunciaba á su idea de partir para Europa, y que cediendo á las instancias de los grandes cuerpos del Estado, volvía á México á fortificar su soberanía en el su-

fragio popular. El ministro y el general americano, que se habian prometido ver á su llegada flotar la bandera republicana en la aduana del puerto, dieron orden á la fragata de virar, y fueron á anclar á la isla Verde, á algunas millas de Veracruz, en espera de los acontecimientos. Al dia siguiente en la mañana, un oficial de la marina francesa fué á cumplimentar al comandante de la fragata americana, segun el ceremonial ordinario. El teniente general Sherman, avisado de México por M. Otterbourg que *el mariscal lo recibiria con toda la distincion debida á su grado, y con la mas franca cordialidad; que aun tendria placer en hacerlo asistir á una revista de tropas francesas*, contestó que no iria á México sino por una exigente invitacion del cuartel general. Sin duda que el espectáculo de una revista de nuestras tropas, no era el objeto de la mision americana.

Esta invitacion no fué enviada á la *Susquehanah*, y la fragata se hizo á la mar, como lo hacia presentir el siguiente telégrama del cónsul americano en Veracruz.

"A M. Marius Otterbourg.—México.

(Confidencial.)

"Estimo hayais llegado yendo todo bien. He pasado la noche á bordo de la *Susquehanah* esperando con paciencia noticias vuestras. Si estas no llegan luego, iremos á Tampico, no queriendo ir á México sin ser invitados. Pero sabeis todo lo que concierne al negocio, y escribid pronto."

LANES."